

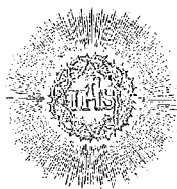
Lr. D. Celiano Monge

16

UNA OBRA DE ARTE
EN LA PORTERIA DEL CARMEN ALTO
DE QUITO

POR

EL Ilmo. Y Rdnno. Sr. ARZOBISPO
D. D. MANUEL MARIA POLIT LASO.



Quito-Imprenta del Clero

1926

UNA OBRA DE ARTE

en la Portería del Carmen Alto de Quito

El distinguido artista ibarreño D. Víctor M. Mideros acaba de presentar al público una colección de hermosos cuadros relativos a la vida de Mariama de Jesús, colocados en la Portería del Carmen antiguo de San José, vulgarmente dicho el Carmen Alto, que fué, como es notorio, la casa de la célebre y bienaventurada virgen, Azucena de Quito. Poco antes de nuestro último viaje a Roma, hace dos años, nos comunicó su proyecto y solicitó nuestro permiso para colocar esos cuadros en la Portería del Carmen, arreglándola y adaptándola al efecto: se lo permitimos, conocedores como éramos de su genio artístico y sentimiento religioso. Nuestro joven y genial pintor quería, ante todo, pagar su deuda de veneración, afecto y gratitud a nuestra santa nacional, a quien ha dedicado este espléndido *ex-voto*, con fe tan viva y entusiasta, que para hallar precedentes y ejemplos uno debe remontarse a la Edad Media, o buscarlos en los claustros de San Marcos de Florencia, decorados por Fra Angélico da Fiésole. Porque ésta es, a la par, obra de piedad y obra de arte en el más genuino sentido de la palabra. Id, si no, a contemplarlos despacio una mañana, cuando el sol de oriente ilumina el estrecho recinto de la Portería del Carmen, y os quedaréis suspensos, sobrecogidos de admiración y deleite estético. Junto con la impresión religiosa y mística, se despertará en vosotros el sentimiento de la belleza artística y exclamaréis espontáneamente: «¡Qué hermoso es esto!» Después vendrá el examen atento y analítico, la crítica de cada cuadro: según el temperamento, la educación y el gusto de cada visitante, dará éste su preferencia a tal o cual lienzo, pero deberá confesar que todos son muy

buenos, y podrían figurar con honor en cualquier exposición de pintura, no diremos ya de América, más bien de España, Francia, Italia, o en general de Europa.

Desde que se entra en la Portería, nótase el lindo aspecto de la decoración en su conjunto: nada se ha cambiado de las dimensiones y servicios del local; allí están el portón exterior, la gran puerta regular que sólo se abre rara vez, la pequeña puerta del locutorio y el torno carmelitano. El Sr. Mideros ha compartido desastrosamente esos muros, que le ofrecían espacios desiguales, de suerte que el tamaño de los cuadros, también desigual, brinda cierta variedad en la unidad que, lejos de perjudicar, contribuye a la hermosura de la colección, la fija en el lugar escogido, de donde se hace ya inseparable. El antiguo *tumbado* de torcidas vigas, toscas y enjalbegado, se ha convertido en un cielo raso primoroso, donde campean la Azucena y en torno suyo las cifras e insignias de la vida monástica del Carmelo. Esta parte de la obra se debe al hábil pincel del Sr. Luis Ruiz, que se ha especializado en la pintura decorativa: profesor como el Sr. Mideros en nuestra Escuela nacional de Bellas Artes, se ha unido íntimamente con él para esta obra, y se ha desempeñado a maravilla, porque ha trabajado *con amore*, a la sombra de este mismo Carmen, junto al lugar donde nació y se crió. Merece, pues, al lado del principal artista, cordial enhorabuena y el recuerdo de la posteridad. [1]

Lo primero que se advierte al recorrer esta bella galería de cuadros nacionales, sin duda alguna, es su indiscutible originalidad: y tal es su primer mérito y encomio. Porque debemos confesar paladinamente que hasta fines del siglo pasado la escuela quiteña de pintura, por notable que fuese en el dibujo y colorido, por más que se gloriase de nombres tan célebres como los de Miguel de Santiago, Gorívar, Samaniego y Antonio Salas, carecía de inventiva. Nuestros pinto-

(1) No dejaremos sin recomendación y aplauso aun la modesta cooperación del maestro carpintero Darío López, a quien se debe el trabajo esmerado de bastidores y marcos.

res de antaño, inclusive los más ilustres, al tratarse de grandes composiciones y no de simples retratos o paisajes, necesitaban modelos extranjeros, aunque no fuera más que una estampa o grabado venido de España o Italia; lo cual se ha comprobado respecto de las escenas de la vida de San Agustín, que Miguel de Santiago copió de una serie de grabados finos hecha por el artista holandés Schelte de Bolswert. (1)

Había, pues, que desarrollar el talento creador, con todos los estudios fundamentales, y a este noble fin se encaminó la primera Escuela de Bellas Artes, fundada por García Moreno, quien envió con beca a Italia a los pintores que se distinguían entonces, un Rafael Salas, un Juan Manosalvas. Sin embargo —¿quién lo creyera?— otro fué de los de esa época el que sobresalió por la invención: el más estudioso, erudito y prolijo de nuestros artistas, el inolvidable maestro Don Joaquín Pinto, cuya ilustración en letras y artes fué conspiciua, sin haber nunca salido de este su estrecho terruño. Y entre varios cuadros originales que de él se conservan, es sin disputa su obra maestra el de la *Beata Marianna de Jesús, enseñando la doctrina cristiana*, grupo encantador que todos pueden admirar en su capilla de la iglesia de la Compañía, por más que no le favorezca ni el sitio ni la luz. Cosa singular, la vida de la Azucena de Quito aparecía ya como un venero de inspiración artística; una, por desgracia, no se reconoció esto y nadie siguió las huellas de Pinto, durante casi medio siglo.

Fué preciso que se restableciese por el general Plaza la Escuela de Bellas Artes y comenzaran a educarse allí los jóvenes aficionados a la pintura, los cuales nunca han faltado entre nosotros. Allí aprendió los elementos del arte y se ejercitó el jovencito Mideros, teniendo por maestro a Camarero (español) y Raúl María [portugués]. Completó su educación artística un viaje a Roma, y luego otro a los Estados Unidos: nuestro compatriota, como avecilla que apenas sale

[1] Véase *Miguel de Santiago y los cuadros de San Agustín*, por el R. P. Fr. Valentín Iglesias (Quito—1908).

del nido, aleteaba y ensayaba sus fuerzas, estudiando en los museos, copiando o imitando los *capo labori*, que le atraían deslumbrándole. Poco a poco, encontró su propio camino, reparó que también él podía inventar y competir con sus maestros y predecesores: *anch'io son pittore*, repetiría él entonces: yo también soy pintor.

Lo cierto es que ya teníamos un verdadero artista de escuela moderna indudablemente, influido no sólo por los astros de primera magnitud del arte clásico, Rafael, Miguel Angel, Leonardo da Vinci, Tiziano, Velásquez, sino por otras constelaciones de románticos, realistas, simbolistas e impresionistas, que han bregado por lucir, y lo han conseguido. Así es que en los cuadros del Sr. Mideros se notan estas diversas influencias; y a él se le podría clasificar de discípulo mediato del gran pintor francés Delacroix, por intermedio de algunos impresionistas contemporáneos. Este artista va posesionándose más y más de su arte, lo que se ve claro en la expresión del rostro que revela los afectos íntimos, y en la maestría con que reproduce los efectos de luz natural o artificial. Su pincel imprime, a brochazos seguros, los colores en la tela; mediante la perspectiva, el claro oscuro y la sombra, destaca el relieve de los objetos, que vistos a distancia convenientemente resaltan muy bien. Nada del lamido a que nos habían acostumbrado sus antecesores; el Sr. Mideros se alista francamente en la escuela moderna, pero con cierto carácter personal, que ya va distinguiéndole, sobre todo en estas composiciones religiosas, simbólicas o místicas. ¡Cuánto más se perfeccionaría, si pudiese estudiar aún los grandes museos de Europa, fuera de los de Roma que sólo ha visitado! Ahora es cuando podría explotar a su vez los tesoros de arte acumulados en Florencia, Venecia, Madrid, Amsterdam, Londres, y sobre todo en el Louvre de París. Allí es donde acabaría de formarse, en más directo contacto con el mismo Delacroix, con Velásquez y Rembrandt, a los cuales es ya capaz de entender y penetrar. Su genio artístico indisputable, en cualquier otro país, merecería la protección decidida y generosa.

de los gobiernos: ¿y en el nuestro?.....

Es de advertir, además, cómo cuida con esmero del color local, investigando la arquitectura, menaje e indumentaria antigua del tiempo de la Colonia. Y, habiéndose fijado en los tipos de la raza indígena de nuestro país, los introduce en sus cuadros con la más simpática realidad. ¿Quién no le aplaudirá, por ejemplo, de haber hecho figurar a esos indiecitos en los dos cuadros de Mariana de Jesús niña con la cruz a cuestas en el corredor de su casa colonial, y de la misma enseñándoles a orar, en esta su casa que los contemporáneos apellidaban *la casa de la oración*?

No nos extenderemos más, en pro de la brevedad, sobre el mérito de esta colección bellísima de cuadros nacionales. Sin exagerar, ni pretender que sean todas obras maestras, afirmamos empero que son de lo más excelente que se ha pintado entre nosotros, y su conjunto formará una página brillante de la pintura en el Ecuador.

Tan sólo queremos ahora describirlos uno por uno, con las oportunas reminiscencias históricas, a fin de que se los comprenda y aprecie mejor. Creemos que de ello nos agradecerán sus admiradores, y los aficionados al arte de Apeles.

Domina, en el testero de la Portería, un gran cuadro de la Virgen del Carmen, que se le pidió al Sr. Miderros pusiera allí, en el mismo puesto de una antigua y chabacana imagen pintada en la pared. Este cuadro ha gustado mucho, por la belleza serena del rostro, virgíneo y materno juntamente, por la novedad de la actitud de la Virgen, que abre sus brazos y su manto, cobijando a las almas del Purgatorio, adonde ha descendido para aliviarlas y libertarlas: iluminadas aún por el reflejo de las llamas purificadoras, barruntase en ellas que el dolor se mitiga, avivase la esperanza y en un acto de amor apréstanse a volar al cielo.

Diez son los cuadros dedicados a la vida de la Beata Mariana de Jesús, y se los puede seguir, con cierto orden cronológico en sentido lato, desde el lado izquierdo de la puerta regular hacia la derecha.

Lleva cada cual una inscripción en los líneas, que indica más o menos el argumento; no criticamos, pero tampoco aprobamos estas indicaciones. Mejor habría sido talvez dejar al espectador que libremente se goce con el recuerdo de la escena representada, e interprete los múltiples afectos religiosos, patrióticos o estéticos, suscitados en su ánimo.

I. Este primer cuadro podría calificarse de simbólico, toda vez que el pintor haya querido, según el letrero puesto al pie, simbolizar la predestinación de la niña recién nacida. Más bien se explicaría, diciendo que la madre, doña Mariana Granobles Jaramillo, levantando a su Marianita hacia el cielo, la consagra a Dios. A su lado está la hija mayor doña Jerónima, que vendrá a ser como segunda madre de la huérfanita. En lo alto resplandece la estrella que apareció sobre la casa de la dichosa familia, al recibir ésta esa joya angelical. Abajo retrábase corrido el demonio, aperro todo atezado, disforme en su grandeza, abierta rabiósamente la boca, que embestía a doña Mariana y con disformes ladrillos la amenazaba, para anular el venturoso parto, según nos cuenta el P. Morán de Butrón. [1]

II. Ofrécenos este bonito lienzo uno de los pasos más conocidos y populares de la vida de Mariana, cuando siendo niña cargaba una pesada cruz de madera y con ella a cuestas recorría las estaciones del *Via Crucis* por los corredores de su casa, rezando y mortificándose. Otras veces hacía sus infantiles procesiones con una pequeña imagen de la Santísima Virgen, que aún se conserva y venera en el monasterio del Carmen: la acompañaban sus sobriñitas casi coetáneas suyas, Juana y Sebastiana de Caso, hijas de Don Cosme y Doña Jerónima de Paredes, y además las muchachas de servicio. Aquí el artista ha juntado ambas escenas, simplificándolas: Marianita, descalza y coronada de espinas, va llevando la cruz y detrás sigue en sus andas la pequeña efigie de la Virgen, cargada por dos indiecitas.

[1] *La Azucena de Quito*..... pág. 31. edición de Madrid, año de 1734.

III. Pudiera denominarse este cuadro: la Escuela de la Oración. En un rincón de la casa, ante un altarito doméstico, en que se yergue el santo crucifijo entre dos velas encendidas y con púrpúreas rosas a los pies, Mariana de Jesús, ya joven, enseña fervorosa y práctica-mente a orar a los criadillos de la familia o del vecindario. Sabido es que ella, no obstante su rebiro, se ocupaba en la instrucción religiosa de los niños. Esas lecciones de catequista voluntaria, las ha inmortalizado Pinto, en el cuadro antes mencionado. El Sr. Mideros no ha querido competir con el gran artista su precursor, pero en este cuadro nos da la pareja, *le pendant* de aquí: el uno figura la enseñanza de la Doctrina, el otro la de la Oración.

IV. Atrae la atención de todos este concierto helicéico de Mariana de Jesús teniendo su vihuela y acompañándola tres ángeles que se divisan como en transparencia, con el violín y la cítara, a través del resplandor que despide en torno suyo la extática cantora. Se ha interpretado que son variaciones del *Dilectus meus mihi et ego illi* del Cantar de Cantares. Mas, históricamente, sábase, por el proceso informativo, que Mariana tocaba con igual primor la guitarra, el clave y la cítara; y aun los testigos recuerdan cierto piadoso romance al parecer compuesto por ella misma, intitulado el Testamento, que entonaba dulcemente: «El gran Monarca Jesús—del Padre Eterno heredero,—teniendo la cruz por cuna,—hacer quiero testamento,—Porque la corona y clavos—le tienen ya casi muerto:—estando enfermo de amor,—por sanar al hombre enfermo.—Enfermedades de amor—nos le han puesto en tal extremo,—y es tan agudo el achaque—que no se le halla remedio». «María de Paredes, hermana de Mariana, decía que ésta cantaba otro romance, en especial los días de Corpus, empezando así: «Cristo Jesús de mi vida,—hermosísimo Cordero,—con vestiduras nupciales—sale enunorando al cielo».—Y que teñía un Niño Jesús dicha sierva de Dios, con quien jugaba y gorjeaba. El con ella; y decía a su hermana Doña Jerónima y a su sobrina Doña Juana (de Caso) que su niño no era llorón como los suyos, porque el suyo se

reía y gorjeaba con ella». [1]—No sabemos, pues, todo el secreto de esos conciertos celestiales o divinos. En el cuadro, la vihuela de la virgen quiteña es copia exacta de la propia suya, que se venera en su capilla de la iglesia de la Compañía de Jesús.

Para ilustrar aún más este hermoso cuadro, no resistimos al deseo de citar aquí también este pasaje de la declaración de Petrona de San Bruno, monja conversa de Santa Clara, quien en su juventud tuvo amistad íntima con Mariana de Jesús: «Una tarde, dice, fué esta testigo a la dicha Mariana de Jesús, y le rogó tocase la vihuela, en que era diestrísima, y estándola tocando por espacio de un credo poco más o menos, se quedó elevada y suspensa, fijos los ojos en el cielo y los dedos puestos en los trastes de la vihuela, y se estuvo de esa suerte desde las cinco de la tarde hasta las seis extática, y cuando volvió del éxtasis fué con un suspiro muy tierno, y dijo a esta testigo: «Hermana Petrona, ¡qué de cosas hay en el cielo!» y de puro gozo derramó gran copia de lágrimas». [2]

V. Esta crucifixión de Mariana de Jesús, una de sus más estupendas penitencias, que el Sr Mideros ha querido representar en la semi claridad de una noche de luna, penetrando su tenue luz en el aposento por una ancha ventana enrejada, nos la describe así el P. Morán de Batrón: «Tenía otra Cruz de estatua mediana, proporcionada a su cuerpo, y en las cuatro extremidades fortísimos cordeles de cordas en forma de argollas, menos en la cabeza de la Cruz, porque en esta parte de la Cruz estaban sueltos: la Cruz estaba clavada, y en ella todos los viernes del año, cuando se hallaba con fuerzas, se crucificaba la virgen Mariana de esta manera. Mandaba a la india Catalina [su criada confidente], que al pie de la Cruz pasiese una cajuelita de costura hecha esta diligencia por la criada, a deshoras de la noche, se ponía Mariana una corona de hierro con puntas aceradas, llegábase a la Cruz

(1) Documentos para la historia de Mariana de Jesús. Proceso informativo, pág. 235, (ed. de 1902).

[2] Documentos..... pág. 73

con reverencia, y poñase al pie de ella sobre la cajuela, y llegando a igualar su cabeza con la de la Cruz, con los cordones sueltos ataba fuertemente el pelo, que para este fin solo dejaba crecer. Demergía luego al brazo izquierdo, y metía la mano hasta la muñeca por las argollas de eschelas; lo mismo hacía con el derecho. Pasaba a los pies; y siendo mayores las argollas con el compás y enyeses que había hecho, dándoles maña los introducía, dejando la cajuela que le podía servir de algún alivio, o base en que se fundase edificio de tantaantidad; y así suspenda en brazos, pies y cabeza, melicaba con ternura los tormentos de su Seposo..... Dos horas o lo menos seaba de cierto que prueba anagada en suspiros, dedecha en sentimiento de considerar a su Seposo en *su forma*. [1] Ya puede ponderarse cómo quedaria la inocente y penitente virgen tras semejante crucifixión, ensayándose así para mayores y triunfantes sacrificios.

VI. Los íntimos oblognios de la Azucena de Quito con el Niño Dios, que se le aparecía a menudo y posibase en su falda o en sus brazos virginales, se traslucen claramente en varias de las declaraciones del Proceso informativo. El artista ha querido y logrado fijar el momento mismo de la aparición de Jesús delante a la extática doncella, que en ademán amoroso extiende los brazos para recibirle. ¡Qué amable parental ¡qué entrañable maternidad!..... El arte humano se ha encumbrado hasta rozar la sublime y misteriosa unión de la criatura con su Criador, del alma virgen con su Dios, que se digna llamarla: *Seposa mía!*

VII. Este cuadro, de sencillez clásica, que podría llevar por epígrafe Patrocinio de Mariana de Jesús sobre Quito, ha de ser uno de los que más agraden a los quiteños. Con arte soberano el Sr. Mideros nos da una figura ideal de nuestra santa compatriota, elevada entre tierra y cielo, como que ya no siente la penadumbre del cuerpo; en la mano derecha lleva la azucena, cual palma de victoria, la izquierda recogida sobre el pecho parece mostrarnos el corazón

(1) P. Morán de Butrón: *La Azucena de Quito*..... pág. 128.

con que ella tanto amó y sigue amando a su ciudad nativa: el virgíneo rostro oculta sus bellos ojos, ora por habitual modestia, ora bajándolos por mirar hacia el suelo, a su querido Quito. Después del retrato histórico de Mariana de Jesús, ningún otro nos la hará conocer mejor que éste, debido a la intuición feliz de nuestro ya insigne artista.

VIII. El siguiente cuadro nos recuerda el voto de la virgen quiteña, que ofrece su vida por la salvación de su patria: admirables son la actitud y la expresión de angustia, de amor, de súplica y de confianza que el pintor ha logrado fijar en el lienzo. Si bien el ofrecimiento se hizo en la iglesia de la Compañía, consta que lo renovó muchas veces en su propio aposento: por la ventana de éste, se divisaban a lo lejos el cerro de Xavirac (vulgo Pancillo) y una parte de la ciudad.

Los primeros meses del año 1645 fueron pavorosos para nuestro país, que asolaban a un tiempo los terremotos y la peste: Riobamba había quedado casi destruída. En Quito los frecuentes temblores arreciaban más y más: las epidemias hacían estrago horroroso, «en pocas semanas habían muerto más de diez mil indios y unos dos mil españoles». Por esto el P. Alonso de Rojas, jesuita lejano, confesor de Mariana de Jesús, predicando en la Compañía el cuarto domingo de Cuaresma, 26 de Marzo, habló de los castigos del cielo por los pecados que se cometían, imploró la Bondad Divina, y «concluyó su sermón con una súplica ardiente en que ofrecía a la divina Justicia su propia vida por la salud de su pueblo, pidiendo ser castigado él para que fueran perdonados los demás». No aceptó el Señor esta oferta aunque muy sincera, porque tenía allí en el templo otra víctima enteramente de su agrado. Esta era Mariana de Jesús. Al impulso de su caridad y cediendo a una inspiración irresistible de la gracia, exclamó en voz alta: «¡Oh Dios mío! yo os ofrezco mi vida por mi pueblo!» Calló inmediatamente como avergonzada de haber hablado; pero internamente su corazón se derretía en sentimientos heroicos de amor a Dios y a sus prójimos. El mismo P. Alonso de Rojas, en la oración fúnebre que pronunció en las horas de la santa doncella, refirió lo acaecido: «No

admitió Dios mi oferta, ni oyó mi oración que era tibia, y mi vida de ningún valor; pero sí admitió la misma oferta que en este templo lo estaba haciendo con su ardentísimo afecto, al pie de este púlpito, Mariana de Jesús, ofreciendo su vida por la salud del pueblo. Esta fue la causa de su muerte: luego fué mártir, si no a la violencia de los tormentos, sí a la eficacia secreta de su oración, sí a la fuerza de su caridad. [1]

Agravóse en el acto Mariana de todos sus achaques, al paso que cesaba el flagelo; y durante dos meses padeció crudelísimamente, hasta el 26 de Mayo, en que espiró plácidamente, en el ósculo de la llaga del costado y de la corona de espinas de su Jesús crucificado.

IX. Por orden cronológico debía este lienzo estar antes del anterior; pero el Sr. Mideros, teniendo que aprovechar un espacio reducido sobre la pequeña puerta del loentorio, en una esquina del interior de la Portería, lo ha aprovechado maestramente para el objeto que se propuso: la penitencia de Mariana de Jesús, la cual, como es sabido, fué extraordinaria, sangrienta, espantosa a la naturaleza humana, de suyo sensual y refractaria al dolor, después del pecado que la deprimiera.

Mariana, acurrucada y como desmayada en el suelo, después de una terrible disciplina de sangre, tomada delante del esqueleto, imagen viva de la muerte dentro de un ataúd, vuelve honestamente lo alto de las espaldas rasgadas y sangrientas al espectador. Es de un realismo erudo y aterrante. Por alarde artístico, dos cirios de grueso pábilo arden realmente a uno y otro lado de la víctima, y dan luz a esta escena, que gusto hubiera firmado el mismo Ribera, el famoso *Spagnoletto*.

X. ¡Qué hermoso contraste podemos contemplar con solo volvernos al otro lado de ese ángulo de la Portería!..... Es un cuadro muy bello de ascensión luminosa: la más artística realización del *Veni, Sponsa Christi*. Ya han terminado las penalidades, las prue-

(1) *Vida de la Beata Mariana de Jesús*..... por un Padre de la Compañía de Jesús, ed. de Quito, 1920. -Es la mejor vida moderna de la Azucena de Quito.

bas, las mortificaciones, los sacrificios de la vida: el alma purísima de Mariana de Jesús aparece transfigurada en su ascensión al cielo, personificando a la virgen prudente de la parábola evangélica: ha sido llamada y sube con su lámpara encendida [lámpara de las catacumbas] hacia los palacios celestiales, a las Bodas eternas y felices con el Divino Esposo. Entre tanto, en un rincón oscuro de la tierra, que ha quedado al pie, tan a propósito y con arte, dos figuras dolientes, pero tranquilas, arrancan un lirio milagroso del suelo empapado en la sangre de la virgen cristiana, a quien ya en adelante el mundo admirará e invocará en la Azuena de Quito.

Este bellísimo cuadro cierra como último canto, el hermoso poema trazado por el pincel del Sr. Víctor Mideros: áureo *ex voto* que no sólo el artista, sino el Arte ecuatoriano, la Patria misma ecuatoriana, por mano de su e inspirado pintor consagra a la más excelsa y preclara de sus hijas, Mariana de Jesús.

Y—¿quién lo hubiera pensado?—esta preciosa galería artística, bendecida por Nos, el 23 de Mayo, está decorando el lugar mismo donde espiró, de donde volvió al cielo nuestra santa Patrona y Patrona. No cabe la menor duda, por la declaración jurada de la egregia carmelita R. M. Catalina de los Angeles, sobrina nieta de Mariana de Jesús, en 1870: ésta nació en el cuarto que había donde está el locutorio del Carmen, y murió en esta misma casa, en el lugar y sitio donde está la Portería. ¡Ah! ¡qué agrados deben ser estos pocos palmos de tierra, estos dos locales contiguos, para todo corazón ecuatoriano! Aquí nació, aquí murió, nuestra heroína, igualmente cara a la Iglesia y al Ecuador, y a la América entera.

¡Bien haya, y reciba el aplauso y el voto de gratitud que se merece el joven artista, que se immortaliza pagando este tributo a Mariana de Jesús, en nombre de su ciudad y patria agradecida!

Manuel María Pólit Laso,
ARZOBISPO DE QUITO.

Quito, a 31 de Mayo de 1926.

